

ATILANO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

Obispo de Sigüenza - Guadalajara

<<CON GRATITUD Y ESPERANZA>>



CARTA PASTORAL
MAYO 2020

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	3
I ACCIÓN DE GRACIAS A DIOS Y A LAS PERSONAS	
1.1 El personal sanitario y demás servidores públicos.....	5
1.2 Los trabajadores y voluntarios de Caritas.....	6
1.3 Las personas consagradas.....	6
1.4 Las familias.....	7
1.5 Los sacerdotes	8
II ENSEÑANZAS PARA EL PRESENTE	
2.1 Dios y el hombre.....	9
2.2 Experiencia de la finitud humana.....	11
2.3 Vivencia de la fraternidad.....	13
2.4 Concepción de la libertad.....	14
2.5 El sentido de la vida.....	16
III PENSANDO EN EL FUTURO	
3.1 El Sínodo diocesano.....	18
3.2 La oración.....	20
3.3 El silencio.....	22
3.4 La escucha.....	23
3.5 El acompañamiento.....	25
3.6 La esperanza.....	26
3.7 La caridad.....	28
3.8 En el camino con María.....	29

Foto portada:

Cruz procesional y buen pastor. P. Rupnik. (2018), Parroquia del Salvador (Guadalajara)

INTRODUCCIÓN

Queridos diocesanos:

Como todos vosotros he permanecido en mi casa durante estos días de confinamiento cumpliendo las normas dictadas por las autoridades de la nación para impedir la propagación del coronavirus. Además de orar por todos vosotros, he reflexionado sobre la nueva realidad que tendremos que afrontar en los años venideros.

Para no olvidar la experiencia vivida, he puesto por escrito algunas de mis reflexiones. Al avanzar en la redacción de las mismas, he pensado que podía compartirlas con todos vosotros por si pueden ayudaros en la reflexión y oración personal. Aunque son cosas muy conocidas, os las ofrezco con humildad desde la alegría pascual y el gozo inmenso de la resurrección del Señor Jesucristo.

La presencia permanente del Resucitado entre nosotros, a pesar del dolor y del sufrimiento provocados por la enfermedad o por la muerte de familiares, amigos o conocidos, nos invita a mantener viva la esperanza y a entonar con Él la acción de gracias al Padre celestial porque no cesa de mostrarnos su amor a través del servicio abnegado y generoso de tantas personas sencillas y anónimas que, sin esperar nada a cambio, no cesan de hacer el bien a los demás.

La propagación de la pandemia del coronavirus está provocando sufrimiento, dolor, cansancio, desánimo y miedo en millones de personas en el mundo entero. Las relaciones sociales, laborales, culturales, religiosas y familiares, que se venían desarrollando con total normalidad hasta hace dos meses, han tenido que ser suprimidas o limitadas para impedir el contagio.

La promulgación del estado de alarma por las autoridades para poner freno a la extensión de la pandemia, ha impedido la celebración de los oficios litúrgicos y de los desfiles procesionales con ocasión de la celebración de los misterios de la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Ha sido una Semana Santa y una celebración pascual vividas en el silencio y la paz de nuestros hogares.

En medio del dolor y el luto por la pérdida de tantas personas queridas, es mi deseo para todos vosotros que podáis experimentar la presencia cercana y amiga de Jesús, que sale a nuestro encuentro para que nos alegremos por su resurrección. Aunque para alguno parezca una referencia espiritualista, los creyentes, en medio

del dolor y como antídoto contra el mismo, necesitamos experimentar la paz, el consuelo y la alegría del Señor.

En estos momentos ya sabemos que, con las limitaciones y cautelas necesarias, será posible reabrir nuevamente los templos al culto público para encontrarnos como comunidad de hermanos y para celebrar sacramentalmente la presencia y la salvación del Señor resucitado. Mientras llega esa fecha, la experiencia religiosa vivida durante estas semanas de encierro involuntario, aunque haya sido dolorosa, nos está permitiendo descubrir que es posible mantener la relación con Dios y la comunión con Él desde nuestros hogares.

Gracias a los medios de comunicación y a las nuevas redes sociales y medios digitales, podemos participar cada día de la celebración de la Santa Misa y otros actos religiosos. De este modo, además de orar por los enfermos y fallecidos, compartiendo el dolor de sus familiares, podemos hacer de nuestros hogares pequeñas iglesias domésticas y experimentar que el Resucitado acompaña nuestros sufrimientos, escucha nuestras súplicas y sostiene nuestra esperanza.

Con toda seguridad, durante los años que el Señor nos conceda vivir en este mundo, no podremos borrar de nuestra mente y de nuestro corazón la dura experiencia vivida durante tantos días de encierro forzoso para hacer frente a la pandemia del Covid 19. La poca información sobre la rápida programación de la pandemia, los efectos letales del mismo y la carencia de un antídoto para erradicarla está provocando en muchas personas desconcierto y, en algunos casos, miedo ante el futuro.

I ACCIÓN DE GRACIAS A DIOS Y A LAS PERSONAS

1.1 El personal sanitario y demás servidores públicos

Cada día, en mi oración, como seguramente habéis hecho todos vosotros, he tenido un recuerdo especial para los médicos, para el personal de enfermería y para los demás trabajadores de los centros sanitarios. Ellos, desafiando el cansancio, el sufrimiento y el miedo al contagio, están actuando con gran profesionalidad con el único propósito de acompañar a los enfermos en su soledad e intentar devolverles la salud.

Más allá de sus contratos laborales y de la remuneración económica por la actividad bien realizada, quienes trabajan en el hospital nos están dejando el testimonio heroico de su entrega generosa y de su servicio impagable. Tengo la convicción de que la acción de gracias y el reconocimiento a estos hermanos permanecerán para siempre en todas las personas de buena voluntad. En ocasiones, sin los necesarios medios de protección, han arriesgado sus vidas para salvar las de sus semejantes.

Junto al personal sanitario y con la misma o parecida precariedad en cuanto a la falta de medios para protegerse del virus, es de justicia reconocer y valorar la entrega y el sacrificio de los cuerpos y fuerzas de seguridad, de los miembros de las fuerzas armadas, de la policía y de tantos trabajadores y voluntarios anónimos que están dejando lo mejor de sí mismos en el servicio a la sociedad. A los educadores y a todos los que, desde las instituciones civiles, habéis asumido con generosidad y dedicación vuestro servicio a los alumnos y a la sociedad, os expreso de corazón mi gratitud y mi sincero afecto.

Algunos habéis vivido vuestra entrega y donación a los demás, conscientes de que Dios os animaba y acompañaba en la misión. Otros, tal vez no hayáis sido conscientes de ello, pero no dudéis que el Señor ha sido quien ha guiado vuestros pasos y ha movido vuestro corazón y vuestras manos en cada una de vuestras acciones.

Mi recuerdo especial y mi gratitud para vuestros compañeros de trabajo que, afectados por el contagio del coronavirus, están en proceso de recuperación en los hospitales o en sus domicilios. Otros, por el contrario, no han podido superar la dura prueba de la enfermedad y han partido de este mundo para recibir el abrazo del Padre Dios. Por medio de la oración, podemos mantener la unión con ellos y con sus familiares.

1.2 Los trabajadores y voluntarios de Caritas

No puedo tampoco dejar de dar gracias a Dios por la entrega incondicional de los trabajadores y voluntarios de Caritas. Los miembros de Caritas y de otras organizaciones caritativas de la Iglesia están mostrando cada día, con sus gestos y palabras, el rostro amoroso de Dios a los necesitados y a toda la sociedad.

La vivencia de la caridad, que no tiene vacaciones ni sabe de encierros, está haciendo posible en estos momentos que, gracias a la fluida colaboración con los responsables de los servicios sociales de las instituciones civiles, ninguna persona se quede en la calle ni carezca del sustento necesario durante estos días de reclusión.

Mi afecto sincero y mi reconocimiento para tantos donantes y voluntarios que, impulsados por el amor de Dios y atentos a las necesidades de sus semejantes, están ofreciendo su colaboración económica o su disponibilidad personal para que quienes pasan por privaciones inesperadas puedan experimentar la acogida, el acompañamiento y el sustento necesario para afrontar las carencias personales o familiares.

Entre los recientes donantes, no puedo dejar de reconocer y valorar el gesto solidario de nuestros queridos agricultores y ganaderos. Ellos, olvidándose por un tiempo de sus dificultades económicas y de sus justas reivindicaciones, han querido aportar los cabritos y corderos, criados con mimo durante los últimos meses, para paliar las necesidades de los más desfavorecidos de la sociedad.

1.3 Las personas consagradas

Quienes tenemos la dicha de conocer de cerca la vida de los miembros de la vida consagrada y de los distintos institutos seculares sabemos que su testimonio y la variedad de sus carismas son un regalo de Dios para la Iglesia y para la sociedad. La vivencia de estos carismas impulsa a los consagrados a dedicar cada día sus vidas a la formación de niños y jóvenes, al acompañamiento de los enfermos y a la atención de los mayores desde el desprendimiento de los bienes materiales.

Con ocasión de la propagación de la pandemia del virus, sé que algunas religiosas están entregando sus vidas hasta la extenuación para que este virus no haga estragos en los ancianos que viven en sus residencias. Con lágrimas en los ojos y con profundo dolor en el corazón, han tenido que aislarse ellas mismas, por prescripción médica, sin poder ofrecerles la atención humana y espiritual a los mayores.

Conozco de cerca el profundo padecimiento, con el que están viviendo este tiempo de pandemia y de intenso dolor. Todas llevan el luto en su corazón porque, en contra de sus deseos, han visto partir de sus casas a algunos ancianos, a los que cuidaban como miembros de su familia. A pesar de sus desvelos y dedicación,

algunos mayores no han tenido la fuerza necesaria para superar el contagio del coronavirus.

Desde la comunión en el dolor y desde la confianza en el amor de Dios, invito a todos los diocesanos a elevar una súplica al dueño de la vida y de la muerte, para que conceda a las religiosas y a los trabajadores de las residencias de ancianos fortaleza de espíritu para superar esta dura prueba. Al mismo tiempo, os pido también una oración por el eterno descanso de las religiosas y ancianos fallecidos durante este tiempo de pandemia. Que Dios os bendiga y os premie esta comunión en la oración.

Al pensar en los consagrados, no puedo olvidarme de las monjas de clausura. Ellas, a pesar del contagio de alguna hermana, han ofrecido cada día su oración y sus sacrificios al Señor por las necesidades de la Iglesia, por la recuperación de los enfermos y por todos nosotros. En medio de las dificultades que experimentan algunos monasterios por el descenso de vocaciones, debemos expresarles siempre nuestra gratitud y afecto. Con su testimonio de alabanza, adoración y súplica al Señor nos recuerdan qué es lo único necesario y nos invitan a mirar siempre las cosas desde arriba sin dejarnos esclavizar por las cosas de la tierra.

1.4 Las familias

La familia es el espacio natural en el que tiene lugar la inserción de la persona en la sociedad y en el Iglesia. A pesar de las constantes crisis, que ha experimentado la institución familiar en las últimas décadas, sin embargo, continúa siendo la célula fundamental de la sociedad y la pequeña Iglesia doméstica.

Para muchas familias estas semanas de aislamiento están siendo una oportunidad para el mejor conocimiento de sus miembros, para crecer en la convivencia, para orar juntos y para colaborar todos en la realización de las tareas del hogar. Sin embargo, después de una convivencia tan prolongada, sin poder salir de casa y poder realizar las actividades de la vida ordinaria, con toda seguridad habrá habido algún momento de enfado, de incompreensión y dificultad, al tener que explicar a los más pequeños las razones para quedarse en casa sin poder ver a sus amigos y sin asistir al colegio.

Ahora, antes de salir a la calle para dar un abrazo a los abuelos y para encontraros con los amigos, sería muy bueno que os pidiereis perdón los unos a los otros para superar las posibles tensiones y para restablecer la convivencia deteriorada. Pido al Señor que os ayude a seguir creciendo en el amor mutuo y en la vivencia de la fraternidad.

En esta crisis provocada por la pandemia, se ha puesto de relieve una vez más el papel insustituible de la familia en el acompañamiento y en la formación de los hijos, ofreciendo a todos los valores y criterios necesarios para su formación. Siempre, pero especialmente en momentos de dificultad, la familia ofrece el apoyo

y la respuesta necesaria a muchas situaciones vitales que, de otro modo, sería muy difícil solucionarlas.

1.5 Los sacerdotes

Agradezco a los sacerdotes la cercanía a las comunidades, compartiendo sus sufrimientos y esperanzas, orando por ellos y con ellos al Señor de la vida. Gracias por los momentos de escucha y acompañamiento a tantas personas rotas interiormente por la enfermedad o la muerte de sus seres queridos.

Gracias por vuestra oración en los cementerios por el eterno descanso de los difuntos, acompañando en el dolor y en la soledad a los pocos miembros de la familia que podían acudir a despedirlos. Mi especial gratitud a los capellanes del hospital por estar, escuchar, perdonar en nombre de Dios y ungir con la fuerza del Espíritu a los enfermos.

Algunos miembros del presbiterio diocesano han sufrido también los efectos maléficos del virus. Gracias a Dios ya están recuperados de sus dolencias. Otros, por el contrario, han partido de entre nosotros para recibir el abrazo del Padre por toda la eternidad. No hemos podido despedirlos como se merecían y deseábamos. En cuanto pase este tiempo de prueba, si Dios quiere celebraremos los funerales por su eterno descanso.

La actualización sacramental de la muerte y resurrección del Señor cada día en la Santa Misa, aunque de momento tenga que ser sin la presencia física del pueblo cristiano, ha de ayudarnos a ofrecer nuestras vidas con Él al Padre celestial y a comprender que, en la entrega de nuestras personas a quienes esperan una palabra de consuelo y esperanza, está nuestra felicidad y la realización de nuestro sacerdocio.

Estos últimos días están apareciendo en los medios de comunicación y en las redes sociales palabras de gratitud y gestos de reconocimiento a la labor de los sacerdotes. La experiencia nos dice que son muchas las personas que valoran y agradecen nuestra misión. En todo momento tenemos que dar gracias a Dios por el cariño de nuestros feligreses, pero no hemos de poner la confianza ni el corazón en estos reconocimientos.

En medio del desierto humano y espiritual que aflige actualmente a tantas personas conocidas y queridas, con quienes hemos compartido sufrimientos y esperanzas, os invito una vez más a elevar la acción de gracias a Dios y a volver la mirada y el corazón a las raíces de nuestro sacerdocio, a Jesucristo.

Nuestro ministerio, como bien sabéis, no es el producto de nuestras capacidades ni de nuestros esfuerzos. No hemos sido llamados y enviados para anunciarnos a nosotros mismos. La misión del presbítero, como ya reconocía el apóstol Pablo, no es fruto de la sabiduría humana, sino de la sabiduría que procede del conocimiento del Señor. Lo importante es que seamos en todo momento portavoces de Cristo para los demás.

II ENSEÑANZAS PARA EL PRESENTE

Seguramente la pregunta sobre el futuro personal, familiar, social y eclesial ha ocupado vuestra reflexión durante estos días. No es fácil ofrecer una respuesta acertada a este interrogante, pues aún no hemos superado la pandemia y no sabemos tampoco muy bien cómo será el comportamiento del virus en el futuro. Lo que sí parece evidente es que, al menos por un tiempo, tendremos que cambiar nuestra forma de pensar, de vivir y de actuar para afrontar la nueva realidad.

Por otra parte, las predicciones económicas para nuestra nación desgraciadamente no parecen muy esperanzadoras. Tanto los responsables del Fondo Monetario Internacional como nuestros economistas ya están augurando una profunda recesión económica y un importante endeudamiento público para los años venideros. Esto se va a traducir en la pérdida de puestos de trabajo por el cierre de empresas, en el incremento de la pobreza y en una nueva forma de relaciones sociales y familiares.

Además de prepararnos humana y espiritualmente para afrontar los tiempos que se avecinan, hemos de tener muy presente que, sin la ayuda mutua, la unidad de criterios y la colaboración de todos, será muy difícil afrontar el futuro. Teniendo esto en cuenta, os ofrezco algunas reflexiones y actitudes que, a mi modo de ver, deberíamos tener muy presentes en este momento.

Algunos pensaréis que estas reflexiones no son las más importantes. Otros ya habréis hecho vuestra propia reflexión y habréis llegado a conclusiones operativas. No obstante, como os indicaba al inicio de la carta, sólo pretendo compartir con vosotros mi visión de la realidad por si puede ayudaros a tener criterios y a tomar las decisiones más oportunas en estos momentos o en el futuro inmediato.

2.1 Dios y el hombre

Mi primera reflexión, como no podía ser de otra forma, estuvo centrada en Dios. Como muchas otras personas, también me pregunte: ¿Dónde está Dios en medio de tanto sufrimiento, muerte y desolación? Esta pregunta, que a veces es fruto de la impotencia humana y del desconocimiento de Dios, surge con cierta frecuencia cuando se producen catástrofes naturales, muertes de personas inocentes en los enfrentamientos bélicos o cuando constatamos cada día la muerte de miles de personas a causa del hambre, a pesar de que se producen alimentos suficientes para que todos podamos alimentarnos.

Tantas veces como nos hagamos esta pregunta sobre Dios a lo largo de la vida, siempre nos toparemos en la respuesta con el misterio del mal y con la libertad de la persona, creada a su imagen y semejanza, invitada por el Creador a hacer el bien, pero inclinada a querer ser dios, olvidándose de Él o rechazando sus mandatos.

Por eso, pienso que antes de responder a la cuestión sobre dónde está Dios, tendríamos que preguntarnos dónde estamos nosotros con relación a Dios y en qué Dios creemos. Desde los primeros pasos de la historia de la humanidad, el ser humano ha experimentado la tentación de buscar la salvación personal en las obras de sus manos, poniendo su esperanza en el poder, en la riqueza, en el éxito y en las realidades materiales.

Las personas que actúan así y dan culto a estos ídolos, pueden confesar con los labios que creen en Dios, pero su corazón está lejos de Él. Les sucede algo parecido a lo que decía el profeta Isaías: “El corazón engañado extravía a quien se satisface con cenizas. No se salvará, no llegará a decir: “¿No es un engaño lo que tengo en la mano?” (Is 44, 20).

Si nos fijamos en la religiosidad del hombre de hoy, podemos percibir que muchos escuchan la Palabra de Dios e intentan vivir según sus enseñanzas. Otros, aunque tengan prácticas religiosas, viven lejos de Dios, dominados por los ídolos de madera y metal, producto de sus intereses personales. Por eso, en medio de la crisis, todos deberíamos revisar nuestra fe en el Dios de Jesucristo para comprobar si de verdad ponemos nuestra confianza en Él o en los ídolos que nunca podrán salvarnos.

Para no adorar las obras de nuestras manos y ofrecer alabanza y reconocimiento al Dios vivo y verdadero, para responder a la pregunta dónde está este Dios, que vive, nos ama y ofrece constantemente su salvación, deberíamos asumir que ese Dios se ha manifestado a la humanidad y se ha hecho visible en la persona de Jesús el Nazareno.

Frente a la soberbia humana, pretendiendo ocupar el lugar que solo a Dios le pertenece, Jesucristo se ha abajado y se ha hecho uno de nosotros en todo menos en el pecado. Así pudo cargar con nuestras flaquezas y pecados, mostrando su infinito amor al Padre y afrontando la muerte de cruz con total libertad por nuestra salvación. El Hijo de Dios, resucitado de entre los muertos, vive para siempre y sigue actuando en la historia y en nuestros corazones para que vivamos en plenitud como hijos de Dios.

La celebración de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo nos ofrece la posibilidad de entender nuestra peregrinación por este mundo de forma totalmente distinta a lo que, en ocasiones, pensamos. El Resucitado, cumpliendo sus promesas permanece vivo en medio de nosotros, comparte nuestras pobreza y sostiene todo lo bueno y bello que nace cada día en nuestros corazones y en nuestras relaciones con los demás.

El Señor, para concretar su amor y salvación a todos los hombres ha querido quedarse en medio de nosotros a través de su Palabra para que le escuchemos; en los

sacramentos para que entremos en comunión con Él; y en tantas personas buenas que nos hacen tangible el amor de Dios a través de sus obras. Es más, Jesucristo ha querido no solo quedarse, sino identificarse con los más pobres, con los últimos: “En verdad os digo que cada vez que los hicisteis con uno de estos, mis hermanos más humildes, conmigo lo hicisteis” (Mt 25, 40).

En estos momentos de dolor y luto por la pérdida de nuestros familiares, amigos y conocidos, el Señor está presente en nuestras lágrimas y sufrimientos para ofrecernos su consuelo. Ante la sensación de impotencia y desesperanza, el Señor está con nosotros regalándonos fortaleza y acompañando nuestra tristeza.

Él está incluso en medio de nuestros pecados y desprecios para comprender nuestras flaquezas y para ofrecernos la misericordia del Padre. Así mismo, está también en nuestra muerte y en la muerte de nuestros seres queridos para que, cuando todo parece extinguirse a nuestro lado, experimentemos su consuelo, descubramos su amor y confiemos en su promesa de heredar la vida para siempre.

A partir de la resurrección de Jesucristo, ningún ser humano está solo ni vive olvidado. El Señor nunca nos olvidará, aunque todos nos olviden. Ninguna súplica o sufrimiento cae en el vacío. El Resucitado está dando fuerzas al personal sanitario, a los cuerpos y fuerzas de seguridad, a los miles de voluntarios que se desviven cada día en el servicio a sus semejantes. Alguno, tal vez no sea consciente de ello, pero sin la fortaleza del Espíritu Santo sería muy difícil atender, acompañar, ofrecer cariño y cuidados médicos a tantos enfermos.

Para quienes se dejan tocar y acompañar por el Resucitado, no cabe la desesperanza ni el desánimo pues la Pascua es la fiesta de quienes se sienten solos, reconocen su pecado y experimentan la muerte interior. La Pascua, en fin, es la fiesta de quienes sienten su finitud, pero descubren en las promesas de Cristo la esperanza de una vida eterna.

2.2 Experiencia de la finitud humana

Al reflexionar sobre la bondad de Dios y de su presencia amorosa en todos los acontecimientos de la vida, me he parado también a pensar en la finitud humana. La muerte de tantas personas conocidas y queridas en tan corto espacio del tiempo, especialmente de nuestros mayores, nos ha devuelto a la realidad, haciéndonos ver que somos frágiles y limitados. En ocasiones, nos consideramos fuertes, poderosos, casi como dioses y, de la noche a la mañana, constatamos que somos débiles, vulnerables y necesitados de la ayuda de los demás.

Pero, además, estas muertes tan inesperadas y vividas con tanto sufrimiento por todos nos han permitido experimentar también nuestra impotencia al no poder visitar a los enfermos, acompañarles en los últimos momentos de la vida y

despedirles en su entierro. Hemos experimentado la impotencia al no poder hacer lo que, en conciencia, pensábamos que deberíamos haber hecho.

En medio de todo, tenemos que felicitarnos y dar gracias a Dios por los avances científicos y técnicos, así como por las personas que los hacen posibles. Gracias a la sabiduría y competencia de los médicos ha sido posible salvar muchas vidas que, de otra forma, sería impensable. Por lo tanto, al mismo tiempo que reconocemos los progresos de la ciencia, hemos de asumir con humildad que estos progresos no pueden ofrecernos la curación de todas las dolencias ni la salvación que esperamos.

Concretamente, estamos constatando con profundo dolor que, a pesar de todos los progresos científicos, no es posible erradicar totalmente la transmisión del virus. Es más, estudiando las estadísticas de la transmisión del mismo, tendríamos que afirmar que los países más ricos y desarrollados, desde el punto de vista económicos y científico, son aquellos en los que la acción maléfica del virus ha tenido una mayor incidencia.

El peligro de ver la ciencia y la técnica casi como si fuesen dioses, con capacidad de salvarnos de todos los males, en vez de contemplarlas como un medio al servicio del bienestar de las personas, ha hecho posible que muchos lleguen a excluir al Dios verdadero de la vida personal y de la convivencia social. Lo consideran como un estorbo para el progreso y, por tanto, es preciso relegarlo al ámbito privado.

Al negarle a Dios la realidad del mundo y las relaciones humanas, muchas personas pretenden ocupar su lugar, convirtiéndose así en dueños de sí mismos y del mundo. De este modo, se consideran capacitados para tomar decisiones que obstaculizan la implantación de la justicia y la convivencia en las relaciones sociales. Estos hermanos, además de imponer a los demás sus propios criterios, utilizan todos los medios a su alcance para hacer valer su poder.

Ciertamente, podemos expulsar de nuestra vida y del mundo al único que tiene poder sobre la vida y la muerte de todos, como hicieron los trabajadores injustos de la parábola evangélica, con el fin de gozar solos, de forma egoísta de los bienes y de los frutos de la tierra, pero, entonces, en muy poco tiempo, la viña se transformará en un terreno yermo, pisoteado por los jabalíes y por las alimañas (Cfr. Sal 79, 14).

Cuando el ser humano, arrastrado por los criterios culturales del momento, pone su confianza en los esfuerzos personales, en las cualidades de los demás o en los desarrollos científicos, vive de esperanzas pasajeras que le pueden ayudar a mantenerse en el día a día, pero estas pequeñas esperanzas, que son finitas y pasajeras, puesto que el ser humano también lo es, no pueden redimirnos de la finitud.

Si estas esperanzas, que los seres humanos percibimos durante nuestra peregrinación por este mundo, no pueden liberarnos de nuestras limitaciones y no pueden ofrecernos la salvación que todos anhelamos, parece evidente que necesitamos una gran esperanza que nos ofrezca lo que no podemos alcanzar con

nuestros esfuerzos y con la ayuda de los demás. Esa gran esperanza sólo puede ser Dios.

El Dios, que se ha hecho uno de nosotros, que ha querido compartir nuestra existencia y que nos amó hasta el extremo de dar la vida por nosotros, es el único que puede fundamentar la esperanza humana. Solo el amor de Dios, manifestado en Jesucristo, permite mantener la esperanza en un mundo que, por naturaleza, es imperfecto. El amor de Dios, que es un amor absoluto y sin límites, puede garantizarnos la participación de la vida plena, de la vida eterna, que todos anhelamos.

Cuando tomamos conciencia de nuestra finitud y de nuestra pobreza, podemos acoger al Resucitado y dejarle entrar a formar parte de nuestra existencia. La fe en su persona y la confianza en sus promesas nos ofrecen la luz que necesitamos para avanzar en el presente y nos capacitan para afrontar el futuro a pesar de las dificultades del camino. Es más, la fe nos impulsa a dar frutos de buenas obras y a mantener fija la mirada en la herencia eterna que, anhelantes, esperamos alcanzar un día

Jesucristo resucitado nos atrae a todos hacia sí y nos convierte en sarmientos de la vid, que es El mismo, por medio del sacramento del bautismo y de los restantes sacramentos (Cfr. Jn 12, 32). Por eso, como en su día le dijo a Marta, la hermana de Lázaro, hoy nos dice a nosotros: “Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre” (Jn 11, 25-27).

Estas palabras de Jesús, podrían ayudarnos a reflexionar sobre nuestra fe: ¿En quién o en qué creemos? ¿Qué lugar ocupa Dios en nuestra existencia? ¿En quién ponemos nuestra fe y nuestra esperanza, en la ciencia y en la técnica o en el Dios revelado en Jesucristo, muerto y resucitado para nuestra salvación?

2.3 Vivencia de la fraternidad

La nueva situación creada como consecuencia de la pandemia del virus nos ha ayudado a tomar conciencia de que no somos dioses ni dueños de nuestro propio destino. Desde el día de nuestra entrada en este mundo, dependemos del cuidado y de las atenciones de nuestros padres y de los restantes miembros de la sociedad para crecer como personas, para superar la propia limitación y para hacer frente a la vulnerabilidad.

La experiencia de la enfermedad nos ha hecho sentirnos más frágiles, pero al mismo tiempo nos ha descubierto que nos necesitamos unos a otros y que solo podremos salir de esta situación, si todos estamos dispuestos a prestar nuestra colaboración y a ejercitar la solidaridad. Los actos individuales, para bien o para mal, siempre tienen repercusiones sociales. A veces pensamos que nuestros comportamientos solo nos afectan a nosotros y, sin embargo, la experiencia de la rápida transmisión del virus nos ha hecho caer en la cuenta de que nuestras acciones

u omisiones pueden convertirse en una amenaza para todos aquellos que están a nuestro lado por su exposición al contagio.

La experiencia de fraternidad, vivida durante estos largos días de encierro en nuestros domicilios, tendría que impulsarnos a superar los egoísmos, a poner nuestras personas al servicio de los demás y a mostrar nuestra condición de hijos de un mismo Padre en la convivencia familiar, en las relaciones vecinales y laborales, sin olvidar nunca las necesidades y carencias de otros países y continentes.

Parece evidente que nadie tiene respuestas claras para afrontar con éxito esta situación que tanto dolor está provocando en el mundo. Lo que sí parece claro es que la confrontación con la nueva realidad va a obligarnos a todos a sacrificios y renunciaciones en nuestro estilo de vida. Esto quiere decir que, si no superamos ideologías y partidismos, buscando el bien común por encima de nuestros intereses personales, será muy difícil establecer relaciones de fraternidad y hacer frente al futuro con esperanza.

Esto exige que todos estemos dispuestos a recorrer un camino de sincera conversión, que haga posible un cambio de valores y criterios. Para dar pasos en esta dirección, los cristianos sabemos que no estamos solos. Nos acompaña la comunidad y, sobre todo, nos acompaña el Señor que ha prometido estar con nosotros hasta el fin de los siglos: “Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin de los tiempos” (Mat 28, 20).

Aunque algunos no sean conscientes de ello o digan que no tienen fe, el Resucitado nos acompaña a todos y se hace presente a través de los gestos de solidaridad que estamos experimentando cada día. La confianza en Dios es la que eleva nuestra esperanza en medio de las oscuridades del camino y la que irá restañando con el paso de los días las heridas que tanto dolor y desgarramiento están produciendo en nuestros corazones.

Como nos decía el papa Benedicto XVI, comentando el salmo 120, una sociedad sólida tiene su fundamento en el compromiso de todos sus miembros, pero no debe olvidar nunca que necesita la bendición y la protección de Dios, que con tanta frecuencia es ignorado o excluido en las relaciones sociales: “Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas”.

Tendríamos que preguntarnos, si la crisis provocada por la pandemia del virus ¿nos ha hecho tomar conciencia de que solos no podemos vivir? ¿Estamos convencidos de la necesidad de establecer relaciones fraternas con nuestros semejantes? ¿Estamos dispuestos a un cambio en la forma de pensar y de actuar para afrontar unidos el futuro?

2.4 Concepción de la libertad

La vivencia de la fraternidad es impensable sin hacer un profundo examen de nuestra concepción de la libertad. La pandemia que experimentamos como

consecuencia de la propagación del coronavirus no hace distinción de personas y, por lo tanto, puede afectarnos a todos. Para dar los pasos necesarios en la erradicación de la misma, hemos visto limitadas nuestras libertades de movimiento, de convivencia, laborales y de culto.

Si Dios quiere, en los meses venideros, iremos recuperando paulatinamente las libertades y podremos volver a encontrarnos unos con otros. Pienso, sin embargo, que no será posible vivir la fraternidad deseada, si antes no estamos dispuestos a clarificar el sentido de la libertad. ¿Podemos seguir considerando la libertad, como la capacidad de hacer lo que nos parece o apetece sin tener en cuenta la verdad y el bien?

Para responder a este interrogante, ante todo deberíamos asumir que la verdadera libertad no consiste en hacer lo que nos “parece”, sino lo que “debemos” hacer. Esto quiere decir que hemos de convivir con la verdad de nuestro ser, asumiendo con humildad que somos limitados y dependientes de Dios y de los demás. Creados a imagen y semejanza de Dios, no podremos ser verdaderamente libres, si dejamos de buscar y actuar conforme a su voluntad.

Los cristianos sabemos por experiencia que sin la fe en Dios no podemos responder a los interrogantes más profundos del corazón humano, como pueden ser la pregunta por el fin de la vida y por el sentido de la existencia en este mundo. Si no queremos caer en la angustia que puede llevarnos a la desesperanza y si no queremos sucumbir a los criterios sociales, es preciso que encontremos tiempo para responder a estas preguntas.

El papa Benedicto XVI nos decía que solo “refiriéndose al Dios-Amor, que se reveló en Jesucristo, el hombre puede encontrar el sentido de la existencia y vivir en la esperanza, a pesar de experimentar los males que afligen su existencia personal y la sociedad en que vive” (3 de noviembre de 2006). En otro momento de su pontificado, invitaba a todos los cristianos a no cerrar la mente y el corazón a Dios para vivir con esperanza: “El hombre, que se dirige hacia Dios, no se hace más pequeño, sino más grande, porque gracias a Dios y junto con Él se hace grande, se hace divino, llega a ser verdaderamente él mismo” (Homilía en la Solemnidad de la Inmaculada, 8 de diciembre de 2005)

La persona que se pone en las manos de Dios no se aleja del mundo ni de sus hermanos. Quien se fía de Dios se convierte en una persona sensible a los problemas de sus semejantes y atenta a sus necesidades, pues cuanto más cerca está de Dios más cerca está también de los hombres (Benedicto XVI, 8 de diciembre de 2005).

Ante el sufrimiento, las necesidades y los problemas de nuestros semejantes en el momento presente y en el futuro, tendremos que preguntarnos no tanto por lo que nos gusta a nosotros, sino por lo que necesitan y esperan ellos de mí. En nombre de la libertad, de la autonomía y del progreso, ¿habremos cerrado las puertas del corazón a Dios y a los hermanos? ¿Nos duelen los problemas y

necesidades de los demás o vivimos únicamente preocupados por la búsqueda de los propios intereses?

La libertad que se sustenta en la búsqueda de los propios gustos, intereses y deseos, además de favorecer el relativismo y el subjetivismo, con el paso del tiempo puede llevarnos a tomar decisiones inadmisibles sobre los derechos de los demás e incluso sobre su vida. Por eso, para afrontar un futuro fraterno, hemos de reconocer que nuestras libertades están entrelazadas y, por tanto, tendrían que estar orientadas a la consecución del bien común. Esto nos obliga a considerar al otro como un hermano y compañero de camino en vez de verlo como una amenaza para nuestra libertad.

Ciertamente, debemos reivindicar nuestros derechos, pero tendríamos que hacerlo desde la convicción de que todo derecho lleva implícito un deber y de que somos dependientes los unos de los otros. Desde la conciencia de esta mutua dependencia, hemos de dar el paso a la solidaridad, cuya realización no puede reducirse a un día o a unas horas, sino que implica una decisión permanente de hacer el bien a todos.

Por eso, el papa Benedicto XVI, decía que la mayor expresión de la libertad no está en la búsqueda del placer ni del propio interés, sino en tomar decisiones definitivas: “La auténtica expresión de la libertad es la capacidad de optar por un don definitivo en que la libertad, dándose, se vuelve a encontrar plenamente a sí misma” (6 de junio de 2005).

2.5 El sentido de la vida

La clarificación sobre la concepción de la libertad nos ayudará a descubrir el verdadero sentido de la vida. El apóstol Pablo recordaba a los cristianos de Éfeso que debían ser cristianos adultos en la fe hasta llegar “a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, el Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud” (Ef 4, 13).

Quienes hemos recibido por pura gracia el don de la fe y pretendemos seguir al Señor, a pesar de nuestros pecados, no podemos vivir y actuar como si fuésemos niños en la fe. Esto quiere decir que hemos de buscar la verdad, sin dejarnos sacudir por las ideologías y “por todo viento de doctrina” que nos conducen al error. La persona adulta en la fe “realiza la verdad en el amor” y pone los medios “para que todas las cosas crezcan hacia él, que es la cabeza, Cristo” (Ef 4, 14-16).

Los españoles, como otros ciudadanos europeos, en pocos años hemos pasado de la ideología marxista al liberalismo. En la actualidad nos encontramos con nuevas ideologías, que nos prometen un futuro feliz sin esfuerzo y sin valores. Como consecuencia de ello, la “dictadura del relativismo” se ha convertido para muchos en la única actitud responsable en estos momentos. Se puede cambiar de criterios de la

noche a la mañana sin que pase nada. La única medida de los comportamientos de la persona ya no es Dios ni los valores objetivos, sino lo que le apetece y le conviene a cada uno.

Muchas personas, incluso creyentes, para no confrontarse con la verdad, para participar de las últimas novedades y para seguir las olas de la moda, prefieren no pensar, seguir los criterios de la mayoría y satisfacer los propios gustos. A quienes piensen de forma distinta o intenten vivir consecuentemente con las enseñanzas evangélicas, se les tacha de fundamentalistas y se les invita a desistir de sus convicciones, recordándoles que no son modernos, que están anticuados o que viven engañados.

¿Qué hacer ante la nueva realidad que nos toca vivir? ¿Podemos seguir pensando y actuando como si nada hubiera cambiado? ¿Podemos seguir viviendo sin preguntarnos por el sentido de la vida, por la realidad de la muerte y por el más allá de la existencia en este mundo, sin abrir la mente y el corazón a la trascendencia?

A no ser que nos conformemos con vivir cerrados sobre nosotros mismos o instalados en el nihilismo, la respuesta a estas preguntas solo Dios puede ofrecerla. El destino del hombre sin la constante referencia a Dios, llega a ser la angustia y la desesperación. Sin la referencia al Dios-Amor, que se reveló en Jesucristo, es imposible encontrar verdadero sentido a la vida, a la muerte y al más allá de esta, aunque tengamos que experimentar las limitaciones de la existencia personal y los condicionantes de la sociedad. Con la referencia a Dios, es posible comunicar a la sociedad los valores éticos indispensables para garantizar una convivencia social que sea digna del ser humano.

La fe madura, arraigada en la amistad con Cristo, nos abre a lo que es bueno y nos ofrece el criterio necesario para poder distinguir entre lo que es verdadero y falso. En aquellas personas que están dispuestas a pararse para hacer un discernimiento y tienen la valentía de acercarse a Cristo para descubrir su amistad la verdad y la caridad se funden.

La Iglesia y cada cristiano podremos seguir viviendo con gozo si descubrimos este amor este amor en la relación amistosa con el Señor. El dinero, el poder y los caprichos del momento pasan, no permanecen. Lo único que permanece en el presente y para el futuro es el amor que ofrecemos a los demás, el gesto que puede llegar a tocar el corazón y la sonrisa que abre el alma de la persona a descubrir la verdadera alegría.

Solo la esperanza en la vida eterna permite al ser humano no caer en el nihilismo y abrirse al compromiso generoso con los hermanos, cuidando de ellos y cultivando la naturaleza con sumo respeto, cumpliendo el encargo del Señor en el momento de la creación. La realización de esta tarea confiere a la persona la mayor dignidad, que es inseparable de una gran responsabilidad.

III PENSANDO EN EL FUTURO

La realidad dolorosa de todos estos días nos hace ver que hemos de vivir intensamente el presente pues el futuro nadie lo tiene asegurado. Sin embargo, pienso que, al vivir el momento presente, que es el único que tenemos en nuestras manos, no podemos dejar de vislumbrar el futuro. Esto es lo que hemos intentado hacer durante estos años con la publicación de los planes pastorales diocesanos

Si queremos ser fieles al Señor, desde el presente, hemos de pensar también en el futuro. No podemos vivir y actuar constantemente improvisando la acción pastoral y la misión evangelizadora. Es más, contemplando la realidad con mirada creyentes, hemos de reflexionar y ofrecer propuestas concretas, aunque con el paso del tiempo sea preciso buscar otras distintas porque la realidad cambia con gran rapidez.

Sin olvidar las reflexiones anteriores, en este último apartado de la carta, os ofrezco algunos comportamientos y virtudes cristianas que, en muchos casos, ya estáis cuidando en la acción pastoral, en las relaciones familiares y en los comportamientos sociales, pero que, a mi modo de ver, hemos de tener especialmente en cuenta en la convivencia y en la misión evangelizadora de la Iglesia durante los años venideros.

3.1 El Sínodo diocesano

La vivencia de la fraternidad y de la libertad nos sitúa en el corazón de la Iglesia. El papa Francisco nos recordaba hace unos días que, aunque hemos vivido la fe durante este tiempo de pandemia a través de los medios de comunicación y de las nuevas redes sociales, debido a la falta de libertad, necesitamos recuperar la unión y la celebración con los restantes miembros del Pueblo de Dios: “Esta es la Iglesia en una situación difícil, que el Señor permite, pero el ideal de la Iglesia es estar siempre con el pueblo y con los sacramentos. Siempre. La Iglesia, los sacramentos y el pueblo de Dios son concretos”.

Con el fin de repensar esta nueva presencia evangelizadora de nuestra Iglesia diocesana en la nueva realidad que nos toca vivir, estamos celebrando el sínodo diocesano. En estos momentos, como todos conocéis, las circunstancias nos han obligado a suspender por algún tiempo las reuniones de los grupos sinodales. Sin

embargo, el sínodo, como momento de gracia, debe continuar vivo cada día en nuestra mente y en nuestro corazón mediante la súplica confiada al Señor por el fruto espiritual del mismo.

Al contemplar el momento presente y vislumbrar el futuro con la mirada de la fe, considero que es una verdadera gracia de Dios el experimentar este momento de comunión y corresponsabilidad entre todos los miembros del Pueblo de Dios. Cada uno, desde su propio carisma, es llamado a colaborar activamente con los demás para renovar la esperanza de tantas personas heridas y para encontrar nuevas respuestas evangelizadoras, teniendo en cuenta la misión de toda la Iglesia.

La vivencia de la comunión, iluminada y alimentada por la espiritualidad de comunión, tiene que renovar en todos los bautizados “la capacidad para sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como uno que nos pertenece, para saber compartir con él sus alegrías y sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad” (NMI, n. 43).

Siempre, pero especialmente en estos momentos, hemos de tener muy presente que la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia, que la misión evangelizadora a la que el Señor nos envía exige de nosotros una verdadera conversión pastoral y que no podemos caer en la tentación estéril de pensar que nada puede cambiar. “La resurrección de Jesucristo no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de su resurrección. Es una fuerza imparable” (EG 276).

El Señor resucitado es la fuente de nuestra esperanza y nunca nos faltará su gracia para cumplir la misión confiada, aunque sea en medio de aparentes fracasos. El camino sinodal, que en algún momento puede parecer oscuro y presentar dificultades, hemos de recorrerlo desde la esperanza que nace de la acción del Espíritu Santo, que sopla como quiere y donde quiere, y que derrama sus dones en la Iglesia, en el mundo y en el corazón de cada creyente.

Una vez que podamos salir de nuestras casas, será posible retomar con nueva ilusión la reflexión de los grupos sinodales para buscar juntos aquellas propuestas que estén orientadas a la revitalización, animación y fortalecimiento de la fe de todos los bautizados. De este modo, podremos experimentar la alegría de ser miembros vivos de la Iglesia y estaremos en condiciones de salir hasta las últimas periferias existenciales para anunciar a todos que Cristo vive, nos ama y es nuestra esperanza. Sin duda, esta reflexión ha de estar enriquecida por todo lo que estamos viviendo en estos momentos.

Este anuncio de la presencia de Cristo resucitado, mediante la acción del Espíritu Santo, en la Iglesia, en el mundo y en el corazón de cada persona, tiene que ayudarnos a tomar conciencia de que, en el futuro, solamente quienes tengan

valores morales y fuertes convicciones personales podrán ofrecer posibilidades de vivir y de construir un mundo distinto, aunque esto implique sacrificio.

Las dificultades de todo tipo que vamos a encontrar en los años venideros no será posible superarlas, si faltan fuerzas morales en los corazones de las personas. Es más, si no estamos dispuestos a sufrir con los demás por la consecución de estos valores, será muy difícil construir un mundo mejor. Las relaciones basadas en el egoísmo y la búsqueda de los propios intereses no solo dificultan las relaciones sociales, sino que con el paso del tiempo llegan a destruirlo todo.

Solamente el amor verdadero, el amor que nace de Dios y que inunda el corazón humano por la acción del Espíritu, nos capacita para vivir y sufrir con esperanza, pues el verdadero amor va siempre acompañado del sufrimiento y nos regala la fuerza para sufrir por el bien. Cuando la Iglesia deja de vivir y de anunciar este amor a los demás, enferma y se convierte en una asociación recreativa o cultural más.

La profunda convicción de que el Señor nos precede y acompaña en la misión, mediante la acción del Espíritu Santo, tiene que ayudarnos a renovar el ardor evangelizador, a vencer los temores y a superar la comodidad para navegar mar adentro, echar las redes y poner los dones recibidos de Dios al servicio de nuestros semejantes.

3.2 La oración

La convivencia fraterna, la realización del sínodo y la acción evangelizadora será posible vivirlas y darles la adecuada orientación, si buscamos ante todo la voluntad de Dios, escuchamos su Palabra y pedimos su ayuda. El Espíritu Santo es siempre el primer evangelizador y es Él quien nos impulsa a salir de nosotros mismos, a vencer el miedo y a llegar hasta las últimas periferias humanas para anunciar a Jesucristo.

En esta búsqueda de la voluntad del Padre y en la obediencia filial a la misma, Jesús es modelo para nosotros y para todos los creyentes. Sus palabras de vida y sus gestos de cercanía a todos, especialmente a los más necesitados, expresan y concretan su fidelidad al querer del Padre. Para no olvidarse de ello, cuando se multiplican los reconocimientos sociales, Jesús se retira al desierto o a la montaña para orar a su Padre.

En los últimos momentos de su vida, en medio de los desprecios, insultos y mofas de quienes lo llevan a la cruz, Jesús experimenta la soledad, el abatimiento y el abandono de sus discípulos. Con dolor ante la indiferencia de estos, pero con total confianza y sin ánimo de rebeldía, se dirige a su Padre para presentarle la tremenda experiencia de lejanía y abandono que vive, al ser contado entre los malhechores y tener que morir en una cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Sal 22)

Ante la situación de dolor que experimentamos, no dejemos de dar gracias a Dios por los beneficios que recibimos cada día de su mano bondadosa. Escuchemos, además, su voz y preguntémosle qué quiere decirnos con esta realidad tan dolorosa. Y, entre la acción de gracias y la escucha, presentémosle nuestros dolores y sufrimientos porque, si el afligido acude al Señor, Él lo escucha y lo salva de sus angustias. “Descargad en Él todo vuestro agobio, que Él se interesa por vosotros” (I Pe 5, 7).

Cuando el dolor es tan intenso que resulta casi imposible soportarlo, como puede sucedernos en la actualidad, gritemos al Señor: “¡Levántate, Señor!, ven en nuestra ayuda. ¡Sálvanos por tu misericordia! Despierta, no nos rechaces para siempre” (Sal 44, 24-27. También podemos orar con las palabras de los discípulos, zarandeados en la barca por las olas del mar: “Señor, ¿no te importa que perezcamos?” (Mc 4, 38).

Desde esta confianza en el Señor, durante estos días de desconcierto generalizado y de intenso sufrimiento, todos, incluso quienes tenían un poco abandonada la oración, hemos suplicado al Padre por la recuperación de los enfermos, por los difuntos, por sus familiares, por los que viven este momento en soledad y por tantos voluntarios que, olvidándose de sí mismos y de sus preocupaciones inmediatas, han arriesgado sus vidas para salvar las nuestras.

Para permanecer en comunión con tantos hermanos, especialmente con los que ya han partido de este mundo al encuentro con el Padre, no dejemos de practicar también la oración de intercesión pasando por nuestro corazón a los enfermos y a quienes les resulta costoso asumir la pérdida de sus seres más queridos. Esta oración es siempre una gran oportunidad para aprender a sobrellevar los propios sufrimientos, contemplando los sufrimientos de Jesús por los pecados de la humanidad.

Cuando estamos verdaderamente convencidos de que Jesucristo es el mayor regalo que el Padre ha podido hacer a la humanidad, entonces, incluso en las situaciones de sufrimiento y de tribulación, como la que nos toca vivir, experimentamos una alegría interior que siempre es mayor que todos los sufrimientos. Esta alegría nos da la fuerza necesaria para afrontarlos con esperanza.

Pero, además, aunque a veces parezca que Dios no responde a nuestras súplicas, Él está siempre pendiente de nosotros para levantarnos de nuestras caídas y desánimos. El papa Francisco nos lo recordaba hace unos días en la homilía del domingo de la Divina Misericordia: “A lo largo de la vida, las personas avanzamos siempre a tientas, como un niño que empieza a caminar y se cae una y otra vez, pero siempre está listo el papá, que lo levanta de nuevo. Esa mano que siempre nos levanta es la misericordia. Dios sabe que sin misericordia nos quedamos tirados en el suelo, que para caminar necesitamos que vuelvan a ponernos de pie”. La misericordia de nuestro Dios no abandona nunca a nadie.

Cuando de verdad ponemos nuestra confianza en la misericordia divina, con el paso del tiempo experimentamos una profunda paz en nuestro corazón y descubrimos que Dios cumple sus promesas. Por eso, tenemos que presentarle siempre nuestra gratitud y alabanza: “Dios mío, a ti grité y tú me sanaste. Señor sacaste mi vida del abismo, me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa” (Sal 29,4).

La oración nos ayuda siempre a poner la confianza en el Padre y a crecer en la identificación con Jesucristo, nos invita a no guardarnos nada para nosotros mismos y a entregarnos a los hermanos sin condiciones. Cuando oramos con fe y confianza, descubrimos que sólo Dios es el Señor de nuestra vida y el que nos sostiene en cada instante. Por eso, sólo El y siempre Él tiene que ocupar el centro de nuestra existencia.

Esto quiere decir que en el futuro hemos de seguir potenciando en las parroquias, asociaciones de fieles y movimientos apostólicos la relación con Jesucristo por medio de la oración para hacer posible el encuentro personal y comunitario de los creyentes con Él. La adoración tiene que convertirse en una prioridad para todos los bautizados, pues el hombre solo puede realizarse a sí mismo, si adora y ama a Dios sobre todas las cosas.

Ciertamente, nuestras oraciones no son fórmulas mágicas que solucionen todos los problemas de la existencia, pero la experiencia nos dice que Dios, mediante la oración, ofrece nuevo sentido a los mismos y nos da la fuerza interior que necesitamos para afrontar los compromisos diarios de forma distinta.

3.3 El silencio

La oración es imposible realizarla si no encontramos momentos de silencio. La convivencia familiar y social, que con frecuencia es muy ruidosa, hace muy difícil el silencio necesario para entrar en nuestro interior y descubrir la verdad. La vocación cristiana, que es siempre respuesta a la llamada de Dios, resulta difícil vivirla si no hacemos silencio para permanecer en la intimidad con Cristo, pues el cristianismo es mucho más que una doctrina o una escuela en la que aprendemos las verdades de la fe.

El papa Benedicto XVI, desde los primeros momentos de su pontificado, recordaba a todos los bautizados que la vivencia de la fe cristiana debe comenzar por el encuentro personal con Jesucristo: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DCE 1).

Para hacer posible este encuentro con Jesucristo es necesario el silencio exterior e interior para poner distancia de las opiniones de los demás y de los criterios del mundo, para escuchar la voz de Dios y, de este modo, tener la capacidad de distinguir entre nuestros deseos y nuestro deber, entre los deseos de nuestro

corazón y la llamada de Dios que nos invita a poner los talentos recibidos de su bondad al servicio de los demás.

Hoy, como nunca, creyentes y no creyentes necesitamos el silencio para escuchar la voz del Señor, para abrirle la puerta del corazón cerrada por nuestros proyectos y para dejarle entrar a formar parte de nuestra vida. Solo entonces podremos reconocerle en su Palabra y en la Eucaristía: “Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Ap 3, 20).

Las decisiones importantes sobre nuestra vida y sobre las actividades pastorales no es posible tomarlas sin momentos de silencio y de escucha, puesto que la misión, a la que el Señor nos invita, lleva consigo asumir la renuncia a nosotros mismos y orientar desde su querer los problemas de cada día y las dificultades de la evangelización.

La vida espiritual y la práctica pastoral resultan imposibles, si no existe la firme voluntad de romper con aquellos planteamientos y criterios que son contrarios al Evangelio. Solo la escucha y la respuesta meditada a la Palabra de Dios en la oración y el silencio pueden ayudarnos a descubrir qué quiere el Señor de cada uno para afrontar las distintas situaciones de la vida. Esto nos hace ver que la misión no consiste tanto en hacer muchas cosas, sino en descubrir y cumplir la voluntad de Dios.

Ser cristiano es una determinada forma de plantearse la vida en todos sus aspectos, de pensarla y vivirla siempre a luz de las enseñanzas de Jesús, superando con radicalismo aquellos comportamientos que puedan obstaculizar la vivencia de la Buena Noticia. Con esta misma determinación deberíamos afrontar las decisiones pastorales, asumidas en un momento determinado, si vemos que las circunstancias han cambiado y el Señor nos pide tomar decisiones más acordes con su voluntad.

Esta revisión hemos de hacerla, no para suprimir los compromisos adquiridos, sino para reafirmarlos, adaptándolos a los tiempos que nos toca vivir. Como el mismo evangelio nos recuerda, siempre hemos de tener muy presente que Dios rechaza a los soberbios y no se revela a los autosuficientes y entendidos, sino a los pequeños y sencillos de corazón. Aquellos hermanos que tienen el corazón endurecido o se consideran “sabios” están incapacitados para buscar la verdad y el bien.

3.4 La escucha

La escucha de Dios y el descubrimiento de su voluntad, mediante la oración y el silencio, tienen que impulsarnos a escuchar a nuestros hermanos. No deberíamos olvidar nunca que Dios no sólo nos habla por medio de su Palabra, sino también a través del testimonio creyente y de las reflexiones de nuestros hermanos. Por eso, al pensar en la acción pastoral y misionera de la diócesis y de sus comunidades

parroquiales, un aspecto que deberíamos cuidar especialmente en el futuro es la escucha.

Las personas somos distintas, las vivencias de estos días también y la respuesta creyente a las mismas seguramente tiene matices distintos. Esto quiere decir que, para poder evangelizar en el futuro, antes será preciso que nos paremos a escuchar a cada persona para descubrir la motivación profunda de sus sufrimientos, para percibir su experiencia creyente y para asumir con paz su indiferencia o agnosticismo.

Para llevar a cabo este acompañamiento respetuoso y personalizado, no solo hace falta tiempo, sino personas con buena formación humana, profesional y cristiana que estén dispuestas a dialogar con todos y a buscar con ellos las soluciones adecuadas a sus problemas. Pienso que los sacerdotes, consagrados, trabajadores de Caritas y muchos cristianos laicos estáis capacitados para escuchar a los demás y para ofrecerles una buena orientación, aunque en ocasiones no exista la respuesta concreta a sus preguntas.

Cuando esto suceda, nos olvidemos que, desde hace dos años, en nuestra diócesis, hay un grupo de sacerdotes, consagrados y cristianos laicos, con una formación especializada, que está realizando una magnífica labor de discernimiento y acompañamiento personalizado en el “Centro de la Escucha San Camilo”, especialmente en lo referente al duelo. Para el acompañamiento de las familias, la diócesis ofrece también, desde hace algunos años, la labor impagable del Centro de Orientación Familiar. No dudéis en conectar con los responsables de estos Centros, pues están dispuestos a seguir ofreciendo orientación y ayuda a quienes lo soliciten o necesiten.

Aunque no seamos especialistas en la escucha, todos deberíamos mostrar con nuestras obras y palabras que la fe en Jesucristo no es ninguna amenaza para la libertad de las personas, pues la fe se vive y se propone, pero no se impone. Es más, la fe en Jesucristo nos exige respetar la libertad de conciencia y las convicciones religiosas de los demás.

Lo que sí parece evidente es que en los años venideros no será posible en nuestros planteamientos personales y en nuestros comportamientos sociales una aceptación pasiva de la realidad. La pasividad y la indiferencia ante las personas y ante la realidad, además de manifestar una falta de confianza en la Providencia divina, son también una deslealtad con tantas personas que necesitan consuelo y esperanza en medio del dolor.

Por tanto, ante los sufrimientos, cansancios y tristezas que desgraciadamente vamos a palpar en la convivencia diaria, no podemos esperar que los hermanos vengan a nosotros. Es preciso que nos adelantemos y demos el primer paso. Imitando a Dios, que siempre nos precede en el amor, avancemos con amor generoso hacia todos.

En todo momento, los cristianos hemos de vivir y actuar con la profunda convicción de que Dios nos precede y acompaña siempre en el camino. La fuerza del

Espíritu nos impulsa a salir al encuentro de cada persona para acogerla con amor, escucharla con atención, establecer con ella un diálogo fraterno y mostrarle a Jesucristo, cuando sea posible, como la gran esperanza para el hombre de todos los tiempos.

Las prisas de la vida y las preocupaciones de cada día, no deberían impedirnos encontrar tiempo para escuchar a los hermanos. Por eso, tendríamos que preguntarnos: ¿en la relación con los hermanos, nos ponemos en su lugar? ¿Sentimos el gozo de ser llamados y enviados por el Señor para escuchar a todos como Él lo hizo?

3.5 El acompañamiento

Escucha y acompañamiento van de la mano. El acompañamiento sin la escucha es imposible y la escucha que no lleve al acompañamiento no es auténtica. Es impensable escuchar los sufrimientos y dificultades de los demás, sin responder con un acompañamiento personal a cada uno de ellos.

Jesús, desde el comienzo de su vida pública, recuerda a sus oyentes que viene al mundo para acompañar y salvar a todos. En la sinagoga de Nazaret, Él hace suyas las enseñanzas del profeta Isaías y concreta ante sus oyentes la misión que ha recibido del Padre: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres, me ha enviado para proclamar la liberación a los cautivos y dar vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a proclamar el año de gracia del Señor” (Lc 4, 18-21).

Si contemplamos la vida de Jesús, resulta fácil percibir su cercanía, escucha y acogida a quienes se acercan a Él. Las dificultades, las limitaciones, los pecados y los problemas de cada persona encuentran eco en su corazón y respuesta en sus acciones. A pesar de la incompreensión de los escribas y fariseos por curar y hacer el bien, aunque sea en sábado, Él no cesa de escuchar y ofrecer liberación y curación a quien se los pide.

Los cristianos, poniendo la mirada en el Maestro y superando el profundo individualismo que, en mayor o menor medida, nos afecta a todos, no solo estamos llamados a acompañar a nuestros semejantes, sino a dejarnos acompañar por ellos. “En el ámbito del servicio a la misión evangelizadora, los discípulos misioneros acompañan a los discípulos misioneros” (EG 173).

La Iglesia y, por tanto, cada bautizado al proyectar la acción pastoral para los años venideros, necesitamos recuperar el acompañamiento espiritual y asumirlo como verdadero instrumento de evangelización. Además de ponerlo en práctica entre quienes intentamos vivir el seguimiento del Maestro a la luz de la fe, deberíamos ofrecerlo también a todos los bautizados, a los alejados de la Iglesia y a quienes no creen.

Si nos fijamos en la realidad vivida durante estos días de aislamiento en el propio domicilio, muchas personas, creyentes o no creyentes, solamente han podido comunicarse con sus familiares, amigos y conocidos por medio del teléfono o por las

redes sociales. Para evitar la propagación del virus, ha sido necesario renunciar por imperativo de la ley a la convivencia familiar y a las relaciones sociales.

Como consecuencia de esta grave dificultad para establecer una relación directa y fluidas con familiares y amigos, muchas personas han tenido que sufrir en soledad la enfermedad de sus seres queridos y no han podido recibir de sus amistades y vecinos el consuelo, el abrazo y la oración comunitaria por los difuntos. Estos dolores y sufrimientos son heridas profundas que no han sido curadas y, por tanto, necesitan la adecuada atención y acompañamiento en cuanto sea posible.

Esto quiere decir que los sacerdotes, consagrados y fieles laicos hemos de prepararnos humana, intelectual y espiritualmente para acoger, acompañar y escuchar a todas las personas que se acerquen a nosotros solicitando nuestra colaboración, asumiendo con gozo que todos crecemos como personas y como creyentes en la medida en que nos dejamos acompañar por los demás. En ocasiones, tal vez no tengamos la respuesta adecuada a sus interrogantes, pero siempre podremos compartir sus dolores.

Hace unos días hablaba con un sacerdote y me decía que la escucha sosegada y el acompañamiento deberían ocupar una parte importante de la misión evangelizadora de la Iglesia en los próximos años. Si esto es así, tendríamos que preguntarnos: ¿Estamos dispuestos a renunciar a las prisas para acompañar a los demás y para dejarnos acompañar? ¿La fe y el seguimiento de Jesucristo me impulsan a acoger y acompañar a cada persona? ¿Cómo salir de mí mismo para acompañar a los demás?

3.6 La esperanza

En tiempos de crisis en la vivencia de la fe y de oscuridad ante el incierto futuro, todos necesitamos renovar nuestra esperanza, pues esta es el auténtico motor de la existencia humana. Algunos suelen afirmar que la esperanza es la verdadera virtud de los que se consideran caminantes. El papa Francisco afirma que: “El hombre no puede vivir sin la esperanza; su vida condenada a la insignificancia, se volverá insoportable” (EG 275).

Ahora bien, no podremos experimentar la felicidad y la esperanza, si nuestras preocupaciones diarias están centradas en las cosas pasajeras y efímeras, como pueden ser la búsqueda de más poder o la obtención de más bienes materiales. Estas pequeñas y transitorias esperanzas, una vez conseguidas, vuelven a dejar vacío nuestro corazón.

En estos días pasados, recibía el mensaje de un joven, en el que hacía una reflexión con la que pretendía ayudarnos a descubrir cuáles deberían ser las actitudes o virtudes que deberíamos recuperar para subsistir en medio del sufrimiento y de la soledad. Decía él que todos deberíamos hacer un esfuerzo para recuperar la ilusión y la esperanza.

Al escuchar la reflexión del joven, me quedé pensando un instante y le dije a la persona amiga que me lo había enviado: me parece muy bien la recomendación, pero falta lo principal en esta expresión de buena voluntad, puesto que no indica cómo o en dónde pueden recuperar la ilusión y la esperanza las personas que las han perdido.

Los cristianos, en distintos momentos de la vida, hemos experimentado que sólo la fe en Jesucristo produce verdadera esperanza y ofrece plenitud de sentido. Él ha sido y sigue siendo la única y la “gran esperanza” que puede ofrecer verdadero sentido a la existencia humana. “Cristo resucitado y glorioso es la fuente profunda de nuestra esperanza, y no nos faltará su ayuda para cumplir la misión que nos encomienda” (EG 275).

La esperanza evangélica capacita para vivir con valentía profética, anunciando con palabras y las obras el evangelio. Para superar las oscuridades del camino y los momentos de desánimo, es absolutamente necesario que pongamos nuestra confianza en la fuerza de Dios y en su infinita sabiduría, así como en la acción constante del Espíritu Santo que nos guía hacia la verdad plena y que nos fortalece para que nuestras fuerzas y esperanzas no decaigan en el camino.

Ante los cansancios en la misión, los miedos ante el futuro y el desánimo ante los comportamientos de algunos hermanos, es preciso que una y otra vez recordemos y experimentemos que Jesucristo resucitado vive y ha vencido la muerte: “Si pensamos que las cosas no pueden cambiar, recordemos que Jesús ha triunfado sobre el pecado y la muerte, y está lleno de poder. Jesucristo verdaderamente vive” (EG 275).

Los creyentes y las comunidades cristianas siempre necesitamos crecer en la virtud teologal de la esperanza, volver a descubrir dónde están las fuentes de las que mana y examinar cuáles son las tentaciones contra ella. Cuando quedamos paralizados en el cumplimiento de la misión o en los compromisos sociales, porque esperamos a que los otros cambien, estamos perdiendo esperanza y sembrando desesperanza.

Con nuestros buenos deseos y con nuestro esfuerzo personal, no podemos recuperar la esperanza y permanecer en ella. Por eso, además de pararnos para descubrir nuestros vacíos y nuestros cansancios, hemos de pedir al Espíritu Santo que sea Él quien renueve nuestra esperanza, pues no podemos conformarnos con anunciarla a los demás, sino que hemos de ofrecerles auténticas “razones para vivir y para esperar”. La experiencia de la propia fragilidad es el punto de partida para que Dios construya su obra.

¿Dónde fundamentamos nuestra esperanza? ¿Nos paramos a descubrir nuestros vacíos y nuestras faltas de esperanza? ¿Nos paramos a pensar que la falta de ardor para dar testimonio de nuestra fe, además de no convencer a nadie, con el

paso del tiempo nos introduce en la desesperanza al no estar convencidos de lo que anunciamos a otros?

3.7 La caridad

Como indicaba muy de pasada, al comienzo de la carta, los efectos económicos, laborales y sociales de la pandemia serán muy importantes y afectarán principalmente a la familia, a las pequeñas empresas y a las instituciones que se sostienen con las limosnas y donativos de los fieles. Esto quiere decir que, desde la Iglesia, tendremos que repensar los presupuestos diocesanos y parroquiales, así como las necesidades de los colegios diocesanos y de otras instituciones eclesiales, pues llevamos dos meses sin ingresos y es preciso seguir pagando los sueldos de las personas contratadas.

Los responsables de Caritas diocesana y de las caritas parroquiales ya están experimentando este incremento de la pobreza, provocada en la mayor parte de los casos por la falta de trabajo o por la pérdida del mismo. Aunque no tengo datos concretos de las caritas parroquiales, durante estos últimos días han solicitado ayuda unas 700 familias y se está llevando comida a 180 personas más a su domicilio.

El cuidado y la promoción del bien común de la sociedad, así como el desarrollo integral de todos los ciudadanos, como nos dice el papa Francisco, corresponde al estado y a las instituciones civiles. Es más, no pueden delegar esta responsabilidad en otras instituciones. La Iglesia, por lo tanto, no debe asumirla por medio de sus instituciones de caridad. No obstante, desde la colaboración con las fuerzas sociales, hemos de seguir acompañando aquellas propuestas que, respetando la dignidad de las personas, hagan posible la consecución del bien común y el impulso de la solidaridad (Cfr EG 240-241).

Aunque tengamos muchas dificultades económicas, los cristianos, además de anunciar la incomparable noticia de la salvación de Dios y de celebrarla en la liturgia, no podemos olvidar nunca la invitación del Señor a escuchar, acoger, acompañar y ofrecer nuestra ayuda a los marginados de la sociedad, a quienes suelen ser despreciados, olvidados y no tienen con qué recompensarnos (Cfr Lc 14, 14).

El seguimiento del Maestro nos exige hacer una opción por los pobres: “Sin la opción preferencial por los pobres, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de las palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día” (EG 199).

Estas enseñanzas del papa Francisco tienen que ayudarnos a asumir que, ante la nueva realidad, todos los bautizados hemos de colaborar para remediar las necesidades primarias de tantas personas marginadas y excluidas. Mediante nuestra colaboración con las caritas parroquiales, con Caritas diocesana o con otras instituciones caritativas de la Iglesia, hemos de ofrecer respuesta a las nuevas

pobrezas y poner los medios para remediar las necesidades materiales de tantas personas que sufren la exclusión. En cada persona que sufre, somos invitados a descubrir al Cristo sufriente.

Esto nos obliga a repensar la actividad caritativa en la misión evangelizadora de la Iglesia y a una coordinación eficaz, desde el diálogo fraterno, entre las caritas parroquiales y Caritas diocesana, teniendo en cuenta que la caridad es responsabilidad de todos los bautizados y, por tanto, no se puede delegar en un grupo de especialistas.

Cada día doy gracias a Dios por la incorporación de nuevos voluntarios a la acción caritativa de la Iglesia, pero es muy importante que otros hermanos, especialmente los más jóvenes, sean invitados a colaborar en la viña del Señor. Con esta invitación, además de atender las nuevas pobrezas, podríamos ayudar a los voluntarios a vivir el seguimiento de Jesucristo, a practicar la “la cultura del encuentro” y a participar en la “revolución de la ternura”, de las que tanta necesidad tiene el mundo de hoy.

Los obispos españoles, teniendo en cuenta el incremento de la pobreza en el presente y en el futuro, para ofrecer la mejor atención posible a los hermanos más necesitados, además de impulsar una campaña a través de las setenta Caritas diocesanas para solicitar la colaboración de todos, hemos hecho un donativo de seis millones de euros a Caritas española para que lo distribuya entre todas las diócesis.

La ayuda material sin la entrega de nuestras personas y de nuestro amor en el servicio a todos, como lo hizo el Señor, no es auténtica caridad. Pero, ante la excepcionalidad del momento, muchas personas sólo podrán ofrecer su aportación económica. Agradezco de corazón la rápida respuesta de los sacerdotes a la petición de ayuda que les hice recientemente e invito a los cristianos laicos y a las personas de buena voluntad a colaborar, en la medida de sus posibilidades, al sostenimiento de la Iglesia.

Puesto que la caridad es universal, no podemos circunscribir la actividad caritativa únicamente a los necesitados de la diócesis; hemos de pensar y actuar con una visión universal. Por eso, hemos de permanecer con los ojos del corazón bien abiertos a quienes siguen sufriendo por las guerras y a la pandemia del hambre que está provocando millones de muertos en el mundo por la falta de solidaridad.

3.7 En el camino con María

Comenzamos el mes de mayo, mes especialmente dedicado por la Iglesia a la veneración de la Santísima Virgen. Otros años peregrinábamos con gozo hacia sus santuarios para experimentar su protección maternal y para invocar su especial intercesión ante su Hijo. Aunque de momento no podemos efectuar estas peregrinaciones, no debemos dejar de contemplar a María, mujer experimentada en el

sufrimiento, para pedir su protección sobre nosotros y sobre toda la humanidad en estos momentos de prueba e intenso dolor.

Entre estas peregrinaciones, para todos los diocesanos y para muchos hermanos venidos desde las diócesis limítrofes tenía una significación especial la tradicional marcha al Santuario de Nuestra Señora de la Salud de Barbatona. Después de constatar la imposibilidad de realizar la peregrinación, he pensado acudir, en comunión con todos vosotros, a celebrar la Santa Misa, el próximo día 10 de mayo, ente la imagen de la María, verdadero regalo de Jesús a la humanidad. Os llevaré a todos, especialmente a los enfermos, en mi corazón y pondré vuestras intenciones y peticiones ante la Madre para que os cuide, proteja e interceda por todos ante su Hijo.

El papa Francisco publicaba el pasado 25 de abril una breve carta, en la que nos invitaba a contemplar con María los misterios de la vida de Jesús y a pedir su intercesión para superar la pandemia del virus mediante el rezo del Santo Rosario en familia o individualmente. Con esta oración podremos experimentar que María, salud de los enfermos y refugio de los pecadores, desde la total comunión con su Hijo glorioso, continúa cuidando de cada uno de sus hijos peregrinos hasta que un día podamos reunirnos con Ella por toda la eternidad.

Unión de oraciones, con mi gratitud y bendición.

+ Atilano Rodríguez
Obispo de Sigüenza-Guadalajara

Guadalajara, 1 de mayo de 2020
Memoria de San José Obrero

